

## Presentación

Nunca sería correcto hablar de Dios sin destacar inmediatamente su misericordia. Ningún otro atributo es más claro en Él. Y sin embargo, en nombre de Dios, unos y otros hemos traicionado tanto, y seguimos traicionando tanto, la misericordia entre nosotros... Por eso, no es extraño, y sí muy de agradecer, que el Papa Francisco haya tenido la iniciativa de animarnos a contemplar y alabar, durante un Año Jubilar entero, la misericordia de Dios. Como él mismo dice, “para que esto haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes” y “a todos, creyentes y lejanos, pueda llegar el bálsamo de la misericordia como signo del Reino de Dios” (*El rostro de la misericordia*, 3 y 5).

Si bien el Papa hace este llamamiento a “todos, sin excluir a nadie” (18), lo hace de un modo especial, como es lógico, a los creyentes que formamos la Iglesia. A todos los cristianos nos llama a “revelar el misterio del amor divino en plenitud” (8), a imitar a un Jesús en quien “todo habla de misericordia” y que pone expresamente a ésta como “criterio para saber quiénes son realmente sus hijos” (9). Sin destacar en la misericordia, la Iglesia no cumpliría su misión. Ella “es la viga maestra que sostiene su vida” (10).

Para animar de un modo nuevo a esta llamada, el Papa Francisco recuerda a Juan XXIII con aquellas “palabras cargadas de significado que pronunció en la apertura del Concilio”, hace ahora 50 años (“en nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad”), y el resumen de Pablo VI al clausurarlo (“la antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio”). Con dicho espíritu, sin juzgar a nadie (14), el Papa anima hoy a la Iglesia a “encargarse del anuncio alegre del perdón” y a los confesores a ser “un verdadero signo de la misericordia del Padre” en la práctica del sacramento de la reconciliación (17). Ésta es su petición concreta para el Año Jubilar de la Misericordia.

También la espiritualidad ignaciana está llena de recursos en esa misma dirección, y MANRESA quiere contribuir gozosamente a explicitarlos y difundirlos. “Siempre ha tenido de mí tanta piedad y misericordia”, es la consideración que San Ignacio propone al ejercitante traer a la memoria, en

el último coloquio de la Primera Semana [Ej 71], como fundamento de nuestro agradecimiento a Dios.

Los dos primeros artículos de este número presentan la relación intrínseca entre la misericordia y el carisma ignaciano. El de Luis M<sup>a</sup> García Domínguez parte más de los textos y las cartas de Ignacio, aunque sin limitarse a estas fuentes. El de Urbano Valero, en cambio, se apoya más en la historia de Ignacio en Manresa, Azpeitia y Roma, en las obras de misericordia de los primeros compañeros, y en la reflexión posterior de la Compañía hasta los tiempos actuales. Por encima del inevitable peligro a ser redundantes, el mayor acierto, con todo, es la complementariedad admirable de ambos estudios.

Con un género literario muy distinto están escritos los dos artículos siguientes. Toni Catalá resalta cómo se asientan los coloquios propuestos por San Ignacio dentro de los Ejercicios en lo que él califica de un modo sugerente como “el ámbito del Compasivo”. Teresa Plaza continúa el subrayado de Kasper sobre María, la Madre de Jesús, como “arquetipo, modelo y espejo concreto de la misericordia divina” y explicita su papel de “portadora de misericordia” y “gran gestora de ella” para el compromiso evangélico del cristiano.

Los últimos dos estudios abordan dos frutos más concretos de la cultura de la misericordia. Siguiendo la indicación del Papa Francisco, Pablo Guerrero se centra en la “espiritualidad de la reconciliación”, abriéndola a sus llamadas en la pareja, en la familia, en la sociedad, en la política y en la Iglesia. Francisco Ramírez rastrea en la Carta de Santiago y en los textos ignacianos, las recomendaciones concretas para mostrar y extremar la misericordia en nuestro hablar y en nuestro callar.

La sección de “Ayudas para dar Ejercicios” continúa su ofrecimiento habitual, iniciado el curso pasado, y de la mano de los mismos autores; esta vez dirigiendo sus aportaciones a la Tercera Semana. La sección de “Semblanzas” presenta la figura de Hugo Rahner, historiador y especialista ignaciano. El número se completa con una colaboración de Darío Mollá sobre la espiritualidad y la mística del Padre Arrupe.

## La misericordia en el carisma de la Compañía de Jesús

Luis M<sup>a</sup> García Domínguez

En las páginas siguientes buscamos la presencia de la *misericordia* en el carisma original ignaciano, carisma que encuentra su expresión en la misma experiencia de Ignacio de Loyola y sus primeros compañeros, en los documentos fundacionales y en la comprensión que tuvieron los primeros compañeros de dicho carisma. Veremos que se trata ante todo de una misericordia divina experimentada como reconciliación personal y después reconocida como atributo divino que el creyente puede participar como virtud, desplegándose en obras de misericordia espirituales y corporales.

### Misericordia

Etimológicamente *misericordia* se refiere a la cualidad de compadecerse (*miserere*) el corazón (*cordis*) por las desgracias ajenas. El *Diccionario de Autoridades* (1734) lo considera una «virtud, que aficiona y inclina al ánimo, para que se duela y compadezca de los trabajos y miserias ajenas». El actual *Diccionario de la Real Academia de la Lengua* lo considera también como virtud, pero añade que en su origen es un «atributo de Dios, en cuya virtud perdona los pecados y miserias de sus criaturas». Se consideran sinónimos de *misericordia* los conceptos de piedad, compasión, clemencia, conmiseración, lástima, ternura, bondad, magnanimidad y otras semejantes.

En los textos ignacianos la palabra «misericordia» presenta las dos acepciones que refleja el uso de la lengua castellana: un atributo divino y una virtud humana. El sustantivo aparece un total de once veces en los textos recogidos en la *Concordancia ignaciana*. De ellas, siete se refieren a la misericordia de Dios<sup>1</sup>, tres se refieren a la misericordia humana (*Ej* 18; *Co* 623, 650) y una vez a la misericordia de Dios de la que participa también la persona humana (*Ej* 237).

<sup>1</sup> *Ej* 61, 71; *Co* 82, 229, 540; *Au* 25; y *De* 32.

*Ignacio tiene una profunda experiencia de la misericordia divina en su proceso de conversión y reconoce explícitamente esta misericordia.*

En el *Epistolario* ignaciano (cuyos textos no se recogen en la *Concordancia*) «misericordia» aparece en 117 documentos, de los cuales 48 son considerados más directamente ignacianos. Pues bien, refiriéndonos solamente a estos últimos, la «divina misericordia» es ante todo un atributo de Dios, y así aparece 38 veces. La misericordia como rasgo o virtud humana aparece 17 veces. Por lo tanto en los escritos ignacianos la misericordia divina se cita el doble de veces que la humana, tanto en la *Concordancia* como en el *Epistolario* (69-68% frente al 31-32%). Pero veamos estas dos formas que adquiere la misericordia en los primeros jesuitas<sup>2</sup>.

**La misericordia experimentada por Ignacio**

Ignacio tiene una profunda experiencia de la misericordia divina en su proceso de conversión. En la *Autobiografía* Ignacio reconoce explícitamente esta misericordia cuando, en medio de sus terribles escrúpulos de Manresa, «despertó como de sueño» y discerniendo el proceso de su obsesión (el principio, el medio y el fin) se sintió libre de ellos por la gracia de Dios, que «le había querido librar por su misericordia» (*Au* 25).

Pero esa misericordia ya la había experimentado antes de modo más tranquilo en Loyola, cuando sus pensamientos vagaban de la dama de sus pensamientos a la vida de Cristo y de los santos, notando duraderas consolaciones en estas segundas consideraciones, que suscitaban «santos deseos» de renunciar al estilo de su vida pasada (*Au* 10). A partir de su decisión siente frecuentes consolaciones, sea por la «visitación» de la Virgen María (*Au* 10), por la contemplación de la creación (*Au* 11), por sus propios propósitos (*Au* 14), por sus vivencias que anota en su cuaderno espiritual (*Au* 18) o por la liturgia de la Iglesia (*Au* 20).

Ignacio emprende con ingenuidad inicial este camino de conversión, pero la fuerte purificación vivida en Manresa le obliga a comprender y formular en modo más elaborado la experiencia tenida. Y el fruto de esa experiencia nos lo ofrece en la Primera semana de los Ejercicios espirituales (ver *Au* 99). La Primera semana, de hecho, no es el momento de la conversión de Ignacio, sino la ocasión en que siente un «mayor dolor actual de todos pecados y malicias de toda su vida», porque «se conocen más inte-

<sup>2</sup> Añadamos que en la *Concordancia*, «amor» aparece 136 veces, «caridad» 65 veces, «bondad» se repite 26 veces, «benignidad» seis veces y «piedad» dos veces.

riormente los pecados y malicia de ellos» que cuando uno los cometió, y por eso se alcanza «más conocimiento y dolor de ellos» (Ej 44).

En dicha semana de Ejercicios, efectivamente, Ignacio vive la experiencia de reconocer la salvación de Dios (en el primer ejercicio) antes de realizar la revisión o examen de su vida pasada (en el segundo ejercicio). El primer ejercicio (Ej 45-54) muestra la iniciativa salvadora de Dios a través de Cristo crucificado, que suscita el deseo de responder. Ignacio siente «vergüenza y confusión», pues «mercería ser condenado para siempre (Ej 48)»; pero se siente salvado, frente al destino condenatorio de «otros muchos sin cuento por menos pecados que yo he hecho» (Ej 52).

Y solamente después de esta experiencia, en el segundo ejercicio (Ej 55-61) examina despacio su vida de pecador y la distancia entre la bondad de Dios y la malicia humana. Ignacio se siente un agraciado que va «discuriendo por las criaturas, cómo me han dejado en vida y conservado en ella» (Ej 60), por lo que se dirige a Dios «con un coloquio de misericordia, razonando y dando gracias a Dios nuestro Señor porque me ha dado vida hasta ahora, proponiendo enmienda con su gracia» (Ej 61)<sup>3</sup>.

Además, Ignacio formula la comprensión *a posteriori* de un Dios que, en Jesucristo, desde siempre «ha tenido de mí tanta piedad y misericordia» (Ej 71). Se trata siempre de la experiencia de la misericordia de Dios, que le redime con la entrega y muerte de Cristo, y que precede a la conversión de Ignacio, suscitando en él una respuesta de seguimiento agradecido.

A lo largo de su vida, Ignacio sigue experimentando y reconociendo la «divina misericordia» de muchas maneras en su propia persona, con la conciencia de que Dios se le manifiesta como misericordioso no solo en el perdón de sus pecados, sino desde el mismo hecho de darle vida humana. Así lo escribe a sus conciudadanos de Azpeitia, aludiendo a la «acostumbrada y divina misericordia» que le ha hecho nacer, tener deseos de ayudar a todos y le permitió hacer algún bien en su paso por dicha villa<sup>4</sup>.

Unos años después Ignacio revive otro «coloquio de misericordia» cuando escribe en su *Diario espiritual* que «queriendo prepararme para la misa [y] dubitando a quién me encomendar primero y cómo [...] me parecía que más se me descubría del Padre y me atraía a sus misericordias»<sup>5</sup>.

Meses después rememora para el rey de Portugal todos sus procesos

<sup>3</sup> La versión latina *Vulgata* explicita: «*infinitam Dei misericordiam*».

<sup>4</sup> Todavía una tercera vez alude a la misericordia divina: IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a los habitantes de Azpeitia*, de agosto-septiembre 1540, en MHSI (22), *Epp* 1, 161.

<sup>5</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Diario espiritual*, n. 32 (de 16 febrero 1544). Ignacio corrige «me atraía a su amor» y escribe «me atraía a sus misericordias»: sus miserias, que impiden una mayor confirmación del Padre, muestran mejor las misericordias del Padre.

eclesiásticos: «y en todos estos ocho procesos, por sola gracia y misericordia divina, nunca fui reprobado de una sola proposición». Por lo cual pide al rey que si llegaran estas noticias a su conocimiento, «con aquella inmensa misericordia y suma gracia, que su divina majestad ha dado a Vuestra Alteza [...] sepa distinguir lo bueno de lo malo»<sup>6</sup>.

*Esta experiencia espiritual de Ignacio se refleja privilegiadamente en los Ejercicios espirituales que él propuso a sus seguidores.*

### **La experiencia de la misericordia en los compañeros**

Esta experiencia espiritual de Ignacio se refleja privilegiadamente (aunque no con exclusividad) en los Ejercicios espirituales que él propuso a sus seguidores. De este modo los compañeros releen en los Ejercicios su propia historia de salvación en las claves dichas. Y es esta experiencia de salvación y seguimiento la que constituye como cuerpo carismático a aquel grupo de estudiantes de París. Veamos algunos testimonios de esta «misericordia» en los compañeros.

*Pedro Fabro* es considerado por los primeros jesuitas como el primer y más fiel seguidor de Ignacio, muy cercano a él, que muestra un fuerte deseo de ir a Jerusalén y de dedicar su vida «en servicio y ayuda de la salvación del prójimo»<sup>7</sup>. Percibido por todos como hombre dulce, agradable en su apostolado y altamente espiritual, encarna una misericordia pastoral inequívoca. Y lo cierto es que Fabro alude literalmente a la «misericordia» en muy numerosos textos de su *Memorial*<sup>8</sup>; por ejemplo, cuando recuerda sus escrúpulos y pequeñeces, de los que se siente librado una y otra vez por un «Dios compasivo y misericordioso», a quien pide compasión para todos.

De la «conversión» de *Francisco Javier* tenemos pocos detalles, aunque sí testimonios de la auto-exigencia y devoción con que hizo sus Ejercicios espirituales y, especialmente, de las penitencias un poco indiscretas que suponemos más intensas en la Primera semana<sup>9</sup>.

*Simón Rodrigues*, otro de los primeros compañeros, narra cuando es ya anciano el «origen y progreso de la Compañía de Jesús», indicando que «la comenzó Dios nuestro Señor a trazar y ordenar» cuando París se agitaba

<sup>6</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a Juan III*, de 15 marzo 1545, en MHSI (22), *Epp* 1, 297.

<sup>7</sup> SIMÓN RODRIGUES, *Origen y progreso de la Compañía de Jesús*, Mensajero – Sal Terrae (Colección Manresa 35), Bilbao – Santander 2005, n. 4, p. 50. Original latino en MHSI (24), 451-517.-

<sup>8</sup> PEDRO FABRO, *Memorial*, en MHSI (48), *Fabri Monumenta*, 490-696, nn. 44, 49, 54, 57, 76, 78, 87, 163, 226, 242, 298, 299, 340, 341, 342, 353, 359, 427.

<sup>9</sup> Según testimonio del *Memorial* de Cámara y de SIMÓN RODRIGUES, *Origen*, o. c., n. 5, p. 51.

por las doctrinas de Lutero. «Pero Dios, bueno y piadoso, como prudente y misericordioso padre de familia» quiso «nuevos colaboradores y obreros» como los miembros de la Compañía. Este Dios, «por su gran y generosa misericordia», eligió a los diez primeros compañeros<sup>10</sup>.

*Pedro de Ribadeneira* no pertenece al grupo inicial, pero conoce y convive con los primeros compañeros desde sus 14 años (en 1538), de modo que es testigo privilegiado del nacimiento de la Compañía; con el tiempo recibirá de san Ignacio encargos de gran confianza. Ribadeneira nos ofrece en sus *Confesiones* su biografía espiritual, en la que confiesa la continua misericordia de Dios para con él a lo largo de su vida<sup>11</sup>. Desde su inicial «invocación al Señor» con la que abre su narración, desea ante Dios «cotejar... vuestra misericordia con mi miseria»<sup>12</sup>.

Confiesa también que «por vuestra gran misericordia» mantuvo siempre su temprana inclinación a la vocación y estado sacerdotal. De sus años adolescentes en Roma afirma que «las maldades y pecados son míos y las gracias y misericordias son vuestras», así como «la misericordia que en librar-me de ellas [mis faltas] usasteis conmigo [...] es misericordia vuestra»<sup>13</sup>. En medio de tentaciones muy fuertes de dejar la Compañía, y haciendo confesión general en unos Ejercicios espirituales para tomar una decisión acertada, Ignacio le había dicho lo que el anciano Ribadeneira recuerda tantos años después: «Yo os ruego, Pedro, que no seáis ingrato a quien tantas mercedes os ha hecho, como Dios nuestro Señor»<sup>14</sup>. Tal recuerdo de la misericordia del Señor acabó con todos sus titubeos.

*Jerónimo Nadal*, que conoce a Ignacio y a los compañeros en París, tarda en entrar en la Compañía, pero llega a ser hombre de confianza de Ignacio, que le encarga consolidar el carisma e identidad de la Compañía por media Europa. En una de sus pláticas comenta así el esquema vocacional de muchos jesuitas: «Diréos lo que pasa de ordinario. Yo estaba en el siglo y en él era malo, y llamóme Dios a religión sin yo merecerlo. Trújome a la Compañía por su gracia y misericordia. Esta primera vocación, a lo menos a mí, bien cierto estoy que fue sin merecerla, porque antes estaba con disposición contraria y repugnancia a ser religioso»<sup>15</sup>. Nadal formula así una experiencia muy común entre los jesuitas que conoce, como

<sup>10</sup> SIMÓN RODRIGUES, *Origen*, o. c., nn. 2-3, p. 48-49.

<sup>11</sup> MHSI (58), *Monumenta Ribadeneira*, I, Madrid 1920, 1-92; citamos por la siguiente edición: PEDRO DE RIBADENEIRA SJ, *Confesiones. Autobiografía documentada*, Mensajero – Sal Terrae (Colección Manresa 41), Bilbao – Santander 2009.

<sup>12</sup> PEDRO DE RIBADENEIRA SJ, *Confesiones*, o. c., p. 39. El texto evoca *Ej 59* y *Ej 237*.

<sup>13</sup> PEDRO DE RIBADENEIRA SJ, *Confesiones*, o. c., capítulo 3, p. 42 y capítulo 6, p. 46.

<sup>14</sup> PEDRO DE RIBADENEIRA SJ, *Confesiones*, o. c., capítulo 13, p. 67-68. Ribadeneira continúa alabando a Dios «por esta misericordia que me hicisteis» (p. 69).

<sup>15</sup> MHSI (48), *Monumenta Natalis*, IV, 345.

le sucedió a él mismo: la vocación a la Compañía es fruto de la misericordia divina.

Basten estos testimonios. Pero veamos a continuación cómo se clarifica y evoluciona en los primeros jesuitas esta «misericordia» recibida.

*La experiencia vivida por Ignacio y sus compañeros deja claro que la misericordia es ante todo una iniciativa divina: viene de Dios.*

### **La misericordia como rasgo divino**

La experiencia vivida por Ignacio y sus compañeros deja claro que la misericordia es ante todo una iniciativa divina: viene de Dios. También para la teología de san Buenaventura o de santo Tomás constituía ante todo un atributo divino central, como evidencia la tradición bíblica<sup>16</sup>. De este modo el movimiento de la misericordia cristiana se origina

en el Padre, se expresa y se manifiesta en el Hijo y se propone a los seguidores de Jesús, que participan de ella con la vida divina que reciben. Esa misma es la experiencia de Ignacio de Loyola y sus primeros compañeros.

Nuevos textos reflejan esta primacía de la misericordia como rasgo divino. Escribe Ignacio a Teresa Rejadell proponiéndole una táctica ante el mal espíritu que la agita con escrúpulos: «si él me representa justicia, yo luego misericordia; si es él misericordia, yo al contrario digo la justicia. Así es menester que caminemos para que no seamos turbados, [y] que el burlador quede burlado»<sup>17</sup>. La misericordia de Dios como remedio ante los escrúpulos era algo ya experimentado por Ignacio en Manresa.

También en una carta al virrey de Sicilia alude a la misericordia del Padre «que tan benigno es cuando castiga, y tanta misericordia usa cuando se enoja»<sup>18</sup>. Es el modo de actuar de Dios que Ignacio ha experimentado y transmite, como hace en otra carta para consolar a la hermana de un jesuita, a la que escribe así: «ya que la disposición de nuestra miseria en el estado presente requiere que a las veces, en lugar de regalos, se usen los trabajos con nosotros, en esto a lo menos podemos ver su paterna y suma misericordia, que encierra en el breve curso de esta vida los trabajos, y no sin mezcla de muchas consolaciones a sus tiempos y en la que es eterna y sin fin remunera la paciencia con contento y gloria inestimable»<sup>19</sup>.

<sup>16</sup> Para una visión bíblica y teológica, ver TH. KOEHLER, voz «Miséricorde», en *Dictionnaire de Spiritualité*, vol. LXVIII-LXXIX, Beauchesne, París 1979, cols. 1313-1328.

<sup>17</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a Teresa Rejadell*, de 18 junio 1536, en MHSI (22), *Epp* 1, 103.

<sup>18</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a Juan de la Vega*, de 31 mayo 1550, en MHSI (28), *Epp* 3, 64.

<sup>19</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a Magdalena Angélica Doménech*, de 12 enero 1554, en MHSI (33), *Epp* 6, 161.

Y es que Dios se revela como misericordioso tanto en los sinsabores humanos como en las buenas noticias; el nacimiento de un príncipe es ocasión para felicitar al rey de Portugal: «su suavísima providencia ha querido hacerle este regalo, y consolar a todos con el nacimiento del nuevo príncipe, mostrándose en ello (como lo es) padre de misericordia y Dios de toda consolación»<sup>20</sup>.

Ignacio también desea la acción de esa misericordia divina para los demás. Por ejemplo, al hijo y heredero de Francisco de Borja, que se mostraba «cargado del peso de los dones de Dios N.S., y temeroso de no poder llevarle sin especial ayuda» le dice que espera que Dios le conceda «el don de su sapiencia y santa caridad, que para el buen gobierno de tal estado es necesaria. Y con esperar yo mucho en la divina misericordia que ha de comunicar siempre estos dones muy liberalmente a Vuestra Señoría» le ofrece al marqués la oración de la Compañía»<sup>21</sup>.

En carta al rey Claudio de Etiopía le invita abiertamente a dar gracias a Dios «que en sus tiempos haya hecho tan grande misericordia a sus reinos, de enviarles verdaderos pastores de sus ánimas, que tengan unión con el sumo pastor y vicario que dejó en la tierra Jesucristo señor nuestro»<sup>22</sup>. Aquí la misericordia divina se manifiesta en forma de misioneros jesuitas.

En definitiva, es la misericordia salvífica divina la que rige el destino de los hombres y de los pueblos. Una misericordia sobre la que Ignacio no especula demasiado<sup>23</sup>, pero que tiene continuamente presente. Y la percibe también presente tanto en el nacimiento de la Compañía como en las vocaciones particulares que Dios atrae y sostiene en ella. Dice a los jesuitas de Portugal: «mucha consolación me da, hermanos carísimos en el señor nuestro Jesucristo, entender los vivos deseos y eficaces, que de vuestra perfección y su divino servicio y gloria os da el que por su misericordia os llamó a este instituto, y en él os conserva y endereza al bienaventurado fin a donde allegan sus escogidos»<sup>24</sup>.

Es el mismo sentimiento ante la vocación de Borja, que provocó un

<sup>20</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a Juan III de Portugal*, de 6 abril 1554, en MHSI (66), *Epp* 6, 571.

<sup>21</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a Carlos Borja, Marqués de Lombay*, de 1 noviembre 1550, en MHSI (28), *Epp*3, 261.

<sup>22</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a Claudio, Rey de Etiopía*, de 23 febrero 1555, en MHSI (36), *Epp* 8, 462.

<sup>23</sup> Con todo, cuando el tribunal eclesiástico que le juzga en Salamanca le pide que explique el primer mandamiento, «él se puso a hacello, y detúvose tanto y dijo tantas cosas sobre el primero mandamiento, que no tuvieron ganas de demandalle más» (*Au* 68). A Ignacio le es muy fácil hablar del amor a Dios, pues brota espontáneo del amor recibido de Dios.

<sup>24</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a los jesuitas de Portugal*, de 26 marzo 1556, en MHSI (29), *Epp*4, 670.

*La misericordia de Dios  
experimentada como  
reconciliación y  
llamada se convierte  
por sí misma en una  
invitación a ser  
misericordioso.*

notable «estampido» mediático: «consolado me ha la divina bondad con la determinación que ha puesto en el alma de Vuestra Señoría, pues acá en la tierra no bastamos a dárselas por tanta misericordia con que ha regalado a esta mínima Compañía de Jesús en traernos a ella a Vuestra Señoría de cuya entrada espero sacará la divina providencia copioso fruto y bien espiritual para su alma»<sup>25</sup>.

Pues bien, un fruto de la «misericordia» divina vendrá porque aquellos que la han experimentado se dedicarán a diversas obras de misericordia.

**La misericordia practicada**

La misericordia de Dios experimentada como reconciliación y llamada se convierte por sí misma en una invitación a ser misericordioso. Al Ignacio que sale de Monserrat ya perdonado «le saltaron las lágrimas de los ojos, de compasión del pobre a quien había dado los vestidos; de compasión porque entendió que lo vejaban, pensando que los había robado» (*Au* 18). Es la primera vez que llora el peregrino de Cristo, pero muestra que la misericordia que Dios ha tenido para con él le abre para siempre a una compasión hacia los otros que manifestará numerosas veces como peregrino, como estudiante y como jesuita<sup>26</sup>.

Pues san Ignacio practica ampliamente la misericordia con los pobres o enfermos; pero también la muestra hacia sus propios enemigos, como ocurre con ocasión de la injusta acusación de Mudarra. Una vez condenado, Ignacio se halla «movido a compasión de este hombre», y procura se escriba a varios dignatarios de la curia romana «encomendándoles en general favoreciesen con Su Santidad a Mudarra para que se le usase misericordia»<sup>27</sup>.

Y es que la misericordia divina es fundamento de posibilidad y estímulo existencial para la misericordia humana. Al final de los Ejercicios el ejercitante (como Ignacio mismo) tiene ya una mirada positiva sobre sí, pues se siente salvado y partícipe de la vida divina, sabiendo que «todos los bienes y dones descienden de arriba», sean sus capacidades naturales, sean sus virtudes de «justicia, bondad, piedad, misericordia, etc.» (*Ej* 237). Y de este modo la vida divina que se recibe y se participa, se despliega en el ejercitante con su dinamismo propio.

<sup>25</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a Francisco de Borja*, de 9 octubre 1546, en MHSI (22), *Epp.* 1, 442-443.

<sup>26</sup> Algunos gestos de caridad misericordiosa en *Au* 18, 38, 40, 50, 57, 79, 83, 89, 95, 98.

<sup>27</sup> IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a Diego Laínez*, de 9 febrero 1555, en MHSI (36), *Epp* 8, 367.

Ignacio percibe este dinamismo de la misericordia practicada en todos los que hacen Ejercicios y, por lo tanto, también en sus primeros compañeros que practican muchas obras de misericordia espirituales y corporales antes de tener formulado en un documento el carisma del nuevo grupo. Viven anticipadamente el carisma de un modo parcial durante sus años de estudios en París, y más plenamente desde que se reunieron en Venecia en enero de 1536. En torno a esta ciudad los compañeros realizan y ejercitan en dos modos su carisma: sirviendo con generosa entrega (a veces indiscreta) a los pobres en los hospitales y desempeñando distintos ministerios de la palabra, como la predicación pública o las privadas conversaciones espirituales y Ejercicios<sup>28</sup>. Este ejercicio de la misericordia espiritual y corporal queda reflejada en los testimonios que tenemos de sus comienzos carismáticos, pasando luego al texto de la *Fórmula del Instituto*, como vemos a continuación.

### **La «misericordia» en la *Fórmula del Instituto***

El grupo de «amigos en el Señor» que se forma en París decide su nueva identidad en las deliberaciones de 1539 en Roma, cuyas conclusiones tienen una primera aceptación verbal del Pontífice ese mismo año y recibe la aprobación escrita oficial de Paulo III en 1540<sup>29</sup>; así nace oficialmente la Compañía de Jesús. En esta *Fórmula* de 1540<sup>30</sup> se afirma que la Compañía está fundada para el «provecho de las almas», especialmente a través de los distintos ministerios de la palabra de Dios, pero también practicando distintas «obras de caridad».

En los años siguientes la Compañía se consolida como instituto religioso, crece notablemente como cuerpo apostólico, organiza su formación y estructuras pastorales, se dota paulatinamente de distintas reglamentaciones (elaborando sus *Constituciones*) y diversifica sus ministerios en mayor grado de lo que pudieron hacerlo aquellos diez primeros compañeros. De modo que a los diez años de la aprobación pontificia la Compañía decide «confirmar [y...] expresar más exacta y distintamente el Instituto», incorporando algunos cambios que derivaban de «la enseñanza de la experiencia y el uso, aunque manteniendo el mismo espíritu»; el Papa Julio III aprobó esta segunda y definitiva *Fórmula* en 1550<sup>31</sup>.

<sup>28</sup> SIMÓN RODRIGUES, *Origen*, o.c., n. 42-46, p. 76-78. Ver M. COSTA, «Venecia», en GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA, *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, Mensajero-Sal Terrae (Colección Manresa 37), Bilbao-Santander 2007<sup>2</sup>, p. 1757-1766.

<sup>29</sup> Por la bula *Regiminis militantis Ecclesiae* de 27 septiembre 1540, cuyo texto latino se encuentra en MHSI (63), *Monumenta Constitutionum*, I, 26-30.

<sup>30</sup> J. CORELLA, «Fórmula del Instituto», en *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, o. c., 891-901.

<sup>31</sup> Mediante la bula *Exposcit Debitum* de 21 julio 1550; el texto, en MHSI (63), *Monumenta Constitutionum*, I, 375-381.

Precisamente uno de los cambios introducidos en esta segunda redacción se refiere a estos ministerios de la misericordia, que amplían notablemente el horizonte de las «obras de caridad» señaladas en la *Fórmula* de 1540. Una comparación de estos dos pasajes lo permite ver con claridad.

En las tres redacciones del texto se habla de «obras de caridad», una virtud teologal que Ignacio incluye entre las «virtudes sólidas y perfectas» (*Co* 813), entre las que también parece incluir la misericordia<sup>32</sup>. Diríamos que dichas «obras de caridad» equivalen a las «obras de misericordia» tradicionales, tal y como se enumeran en la *Fórmula* de 1550 y como se confirma con la catequesis ignaciana<sup>33</sup>. Por lo tanto, unas y otras pueden solaparse y coincidir en muchos sentidos (ver *Co* 623) en la práctica de Ignacio y de los primeros compañeros; aunque en los textos ignacianos es más recurrente el sustantivo «caridad» que «misericordia»<sup>34</sup>.

### La misericordia en las Constituciones

Estos dos movimientos (la misericordia recibida y la misericordia practicada) se recogen también en las *Constituciones* de la Compañía. En dicho documento se cita cinco veces la palabra «misericordia»<sup>35</sup>. Ignacio desea que los que empiezan su modo de vida religiosa vivan la experiencia de los Ejercicios. Y que sea la esperanza en la «suma misericordia divina» experimentada en la peregrinación (*Co* 82) y en las demás probaciones la que mueva al novicio a hacer sus primeros votos «confiado en tu piedad e infinita misericordia» (*Co* 540); la misma misericordia que vivieron los primeros compañeros en sus votos de Montmartre<sup>36</sup>. Una actitud que los jesuitas en formación renovarán dos veces al año durante toda su formación (*Co* 346, 544), lo que les recordará que su consagración al servicio de Dios y de los demás es solamente una respuesta a la invitación y a la misericordia divina, y no una iniciativa o voluntad puramente personal.

<sup>32</sup> Ignacio sugiere a Borja «el aprovechamiento que el alma siente en crecer [en] las virtudes, especialmente en la caridad, humildad, misericordia y devoción»: IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a Francisco de Borja*, de enero 1542, en MHSI (22), *Epp* 12, 218.

<sup>33</sup> Un documento resume la catequesis básica de san Ignacio y enumera también las catorce obras de misericordia, comenzando por las corporales: MHSI (42), *Epp* 12, 673.

<sup>34</sup> En la *Concordancia* «caridad» aparece 76 veces (incluyendo las once recurrencias en latín); mientras que «misericordia» aparece once veces en esos mismos textos; en el *Epistolario* ignaciano «caridad» aparece más de 200 veces, y «misericordia» aparece en unos 116 textos.

<sup>35</sup> En las *Constituciones*, «amor» aparece 58 veces, «caridad» 56 veces, «bondad» aparece 17 veces, «benignidad» 2 veces y «piedad» 0 veces.

<sup>36</sup> Según testimonia SIMÓN RODRIGUES, *Origen*, o.c., n. 17, o.c. 59: «aquellos padres hicieron este sacrificio de sí mismos a Dios... con tanta devoción y confianza en su misericordia... A Dios sean dadas las gracias... porque se acordó de nosotros, usando de su misericordia». Aunque la versión oficial de los votos del bienio traduce el «*fretus tamen pietate ac misericordia tua infinita*» por «confiado en tu amor infinito».

A la misericordia divina se encomienda a los que se despiden de la Compañía (Co 229), a los que los superiores deben mostrar compasión y amor.

Las otras dos recurrencias de «misericordia» en las *Constituciones* se refieren a la actividad apostólica del jesuita formado, quien se ha de ejercitar «en cosas donde se pretenden bienes espirituales y también donde corporales» (Co 623). Y se indica más adelante que, entre sus ministerios, «en las obras de misericordia corporales también se emplearán, cuanto permitieren las espirituales que más importan, y cuando sus fuerzas bastaren, como en ayudar los enfermos, especialmente en hospitales, visitándolos y dando algunos que los sirvan, y en pacificar los discordes; asimismo en hacer por los pobres y prisioneros de las cárceles lo que pudieran por sí y procurando otros lo hagan...» (Co 650).

*Quien ha sido tocado por la entrañable misericordia de Dios se hace misericordioso en su talante ordinario espiritual y cristiano.*

Estas «obras de misericordia espirituales y corporales» forman parte de los ministerios ordinarios de los jesuitas durante toda la vida de san Ignacio, como señala Polanco en una carta donde informa de las actividades de los jesuitas en Roma: «A los ejercicios de nuestra iglesia en confesiones y predicaciones, y fuera de ella en dar ejercicios, tratar concordias, ayudar a salir de pecados antiguos y obstinados, enseñar la doctrina cristiana, y otras obras de misericordia corporales y espirituales, atiéndese al modo acostumbrado, y sería cosa muy larga entrar en los particulares»<sup>37</sup>. Otros escritos de Ignacio y de los primeros jesuitas confirman esta presencia viva de la misericordia en los ministerios y en la vida de aquellos jesuitas.

Pues quien ha sido tocado por la entrañable misericordia de Dios se hace misericordioso en su talante ordinario espiritual y cristiano, por la lógica evangélica del perdón recibido<sup>38</sup>. Y si no sucediera de esta manera, su acción filantrópica brotaría de un imperativo ético o de alguna motivación puramente psíquica, pero no de la gracia de Dios, como saben muy bien san Ignacio<sup>39</sup> y los primeros jesuitas que dan los Ejercicios<sup>40</sup>. Se trata, por lo tanto, de una misericordia que ha sido verdaderamente internalizada y no solo ejercitada en obras exteriores.

<sup>37</sup> *Carta a Manuel López*, de 17 junio 1555, en MHSI (37), *Epp* 9, 182.

<sup>38</sup> Jesús no concibe otra cosa en la parábola del siervo sin entrañas: Mateo 18,23-35.

<sup>39</sup> Que sabe discernir la «caridad indiscreta» y la «afección desordenada» bajo especie de bien.

<sup>40</sup> Es un impedimento «cuando ponen todo el fruto en entender muchas cosas, o en ayudar a los demás»: L. NICOLAI, *Respuestas del P. Nicolai*: Directorio 21, n. 28, en MHSI (76), *Directoria*, vol II, 360.